

p. C-9 1993
EL NACIONAL / Miércoles 16 de junio de 1993

Caleidoscopio

JOSE MARIA SALVADOR

Reflejos y penumbras de una Colección

La Sala Mendoza está presentando la estupenda muestra *Un hombre, una colección. Homenaje a Pedro Vallenilla Echeverría*. Integrada en substancia por la Colección Cubista generosamente donada a la Nación por ese insigne coleccionista, y complementada con muchas otras piezas, sobre todo de arte venezolano, que hoy son propiedad de los descendientes de Don Pedro, esta exposición constituye otro loable esfuerzo de esta galería capitalina por presentar al público algunas de las más importantes colecciones privadas de nuestro país. Memorabile fue también la presentación que hace poco se hizo allí de la magnífica Colección de José Luis y Beatriz Plaza.

La curaduría y la museografía de la actual muestra han sido realizadas por Ariel Jiménez, director de la Sala. El montaje museográfico se manifiesta particularmente interesante y digno gracias a los recursos puestos en juego y a las soluciones encontradas, que posibilitan la puesta en relieve y la lectura clara y distinguida de las obras exhibidas.

Los espacios han sido distribuidos de modo eficaz e inteligente mediante tabiques removibles que, aparte de establecer, como es usual, oportunos hiatos entre grupos de obras disímiles o heterogéneas, llegan a veces a crear ambientes autónomos (convinciente es, en tal sentido, el espacio íntimo diseñado para instalar *La maleta* de Duchamp), e incluso sirven de engarce a las vitrinas para la exhibición de las porcelanas chinas y la máscara africana. Esa misma tabiquería de tramoya encamisa una columna en la última sala con una medida apropiada para que dos de sus facetas contrapuestas reciban sendos *Tablones* de Alejandro Otero.

Por otra parte, resulta sugerente el hallazgo de uniformizar cromática y texturalmente en un blanco mate todos los planos verticales y horizontales que generan y enmarcan el espacio expositivo: con paneles de madera pintada se han revestido las paredes, el techo, el piso y los pedestales. Es lástima que la calidad de los acabados de esta ambientación diste de ser óptima, lo cual desdora un tanto el innegable brillo de la idea museográfica en sí.



"Clarinetista", de Henry Hayden (1920), obra de la colección de Pedro Vallenilla Echeverría

Si nos atenemos a meras consideraciones perceptivas o estéticas, semejante uniformización ambiental se torna sugerentemente limpia, armónica y pulcra, hasta el extremo de provocar un vigoroso impacto visual. Desde el punto de vista de su eficacia museológica, sin embargo, dicha ambientación plantea ciertos problemas nada desdeñables. No deja de causar una extraña y molesta sensación el sentir que el hueco sobrepiso de delgados paneles rechina y se hunde en algunos sectores a medida que uno avanza por la sala. Por si fuera poco, la trepidación del sobrepiso ante el peso del visitante conlleva una apreciable oscilación de los altos pedestales en que reposan las esculturas.

Si es cierto que -salvando los inconvenientes que acabo de señalar- la museografía es en resumen muy digna de encomio, no podemos decir lo mismo de la "curaduría". En primer lugar, se incurre a veces en ciertas inexactitudes. Es ya sintomático el hecho de que se declare "sin fecha" el *Paisaje* (grupo de casas) de Alejandro Otero, óleo que en realidad es de 1941, tal como lo corroboran la firma y fecha que aparecen en el ángulo inferior derecho del cuadro: **A Otero R 41**.

También se afirma en el catálogo -y se reitera en el panel didáctico pintado sobre la pared de la antesala- que Pedro Vallenilla Echeverría orientó inicialmente su Colección "hacia los clásicos españoles, entre los cuales contó con artistas tan importantes como Diego de Ribera y Zurbarán". Es evidente que el curador se está refiriendo aquí a José de Ribera, "El Españoletto" (llamado, a la italiana, Giuseppe de Ribera, "Lo Spagnoletto").

Hay asimismo otra inexactitud respecto al presunto retrato de Francisco Miranda atribuido a Jean-Jacques-François Le Barbier. Es éste, sin embargo, un problema extenso y delicado al que me referiré en un próximo artículo.

Esos errores (y algunos otros de menor rango a los que no he querido referirme ahora) deberían ser apropiadamente rectificados con una fe de errata en el catálogo y con un ligero repinte en la parte afectada del panel didáctico en Sala.

De mucho mayor relevancia como criterio intrínseco de evaluación de la "curaduría" es la superficialidad e inconsistencia del discurso conceptual que hubiera debido articular y dar sentido a este proyecto "curatorial". Propósito pertinente y esperado de la curaduría era el de interpretar mediante un análisis profundo, sistemático y documentado una Colección que, pese a contener ciertas piezas menos interesantes, constituye un conjunto de valor excepcional para la comprensión de algunos segmentos del arte europeo y americano.

En su escrito introductorio para el amplio catálogo (40 páginas) el "curador" se conforma con emitir una serie de vagas generalidades, y llega al extremo de repetir muchas de las informaciones y anécdotas sobre Pedro Vallenilla Echeverría y su Colección que ya aparecen reseñadas de sobra en los otros dos textos del catálogo: el discurso emotivo y familiar de la hija del coleccionista, Elena Vallenilla de Arnal, y la seca crónica de Iris Peruga enumerando los avatares de la Colección. Lo lógico hubiera sido que el "curador" se hubiese entregado a la tarea de abordar el estudio de esas obras (o, al menos, de las más sobresalientes), brindando así algún aporte significativo desde la perspectiva historiográfica, conceptual y hermenéutica.

Sorprende incluso que no se hayan tenido en cuenta las investigaciones ya efectuadas sobre muchas de esas piezas, investigaciones cristalizadas en el catálogo de la Colección Cubista del Museo de Bellas Artes de Caracas y en el de la muestra *Cinco grandes de España*, editado hace un año por el Centro Cultural Solidario.

